

---

## CANTO NOVENO.

---

La gran Tenochtitlan en poder de los invasores.—Tristeza y duelo de la ciudad destruida.—Imposibilidad de continuar la defensa.—Condición á que reducirán á los pueblos los conquistadores.—Resuelve el resto del ejército llevar á Cuauhtemoc á las montañas para continuar la guerra.—Párte el Emperador por el lago.—Lo persigue y alcanza un bergantín de la escuadra de Sandoval.—Prisión de Cuauhtemoc.—Es presentado á Hernan Cortés.—Ofrecimientos de éste.—La sed de riquezas insolenta á los soldados españoles.—Resultados de esa codicia.—Se da tormento á Cuauhtemoc.—Grandeza de este héroe.—Su muerte.—Inmortalidad de su memoria.

¡Tenochtitlan! ¡Tenochtitlan! Tu suelo,  
Ensangrentado por injusta guerra,  
Guarda por donde quiera el desconsuelo,  
Por todas partes el dolor encierra.  
De tu águila caudal el raudo vuelo,  
Que recorrió tu dilatada tierra,  
Detuvo en lid audaz y asoladora  
La legion extranjera é invasora.

De los Hijos del Sol la cruda saña  
 Desbarató las bélicas secciones  
 Que para sostener esa campaña  
 Formaron los aztecas campeones.  
 No á la opresion tiránica de España  
 Cedieron del Anáhuac las naciones;  
 Sus hijos ¡ay! la patria defendieron  
 Y por ella con honra sucumbieron.

Sucumbieron valientes y esforzados  
 Sin inclinar la frente ante el verdugo;  
 Que los pechos que latén levantados,  
 La muerte anhelan maldiciendo el yugo.  
 Si en guerra desigual, que aniquilados  
 Fueran los pueblos á los dioses plugo,  
 No trocaron en pánico ni en miedo  
 De las altivas huestes el denuedo.

Yace la gran Tenochtitlan, señora  
 De los reinos de Anáhuac florecientes,  
 Desnuda de la gracia seductora  
 Que celebraran las extrañas gentes.  
 Ya el bien en su regazo no atesora;  
 Turbias están sus límpidas corrientes,  
 Y no agitan las brisas perfumadas  
 Las hojas de sus secas enramadas.

Mustios están los cármenes desiertos  
 Donde ántes la ventura residia;  
 No existen ya los encantados huertos  
 Que fueron manantiales de ambrosia.  
 No resuenan los plácidos conciertos  
 De las alondras saludando al dia:  
 En todo su poder Naturaleza  
 Mostrando está el dolor y la tristeza.

Cayeron ya los elevados muros  
 Que el pueblo en su defensa levantara;  
 No son los fosos ya sitios seguros  
 En los que muerte el español hallara.  
 Como á poder de ensalmos y conjuros,  
 Que la invasion á la ciudad llevara,  
 Los edificios fueron derribados  
 Y los templos y hogares saqueados.

No es ya la gran Tenochtitlan modelo  
 De ciudades, cual fué por su hermosura:  
 Manchado está doquier su fértil suelo  
 Con sangre y llanto lleno de amargura.  
 Nubla el azul de su envidiado cielo,  
 Corrompiendo la atmósfera tan pura,  
 El hálito fatal y aborrecible  
 De la legion que la invadió terrible.

Cadáveres y miembros mutilados  
 Cubriendo están las calles y calzadas;  
 Hállanse en los hogares profanados  
 Las armas de combate destrozadas.  
 De los templos los dioses venerados  
 No se encuentran del pueblo á las miradas:  
 Todo es dolor y luto y desconsuelo  
 En el que fué privilegiado suelo.

No llena la region del infinito  
 El són de los sagrados atabales,  
 Ni se alza aterrador de guerra el grito  
 Que de venganza y muerte dió señales.  
 De las barcas el ímpetu inaudito  
 El pueblo no prepara en los jarales;  
 Ya la legion tirana é invasora  
 Es de la gran Tenochtitlan señora.

Cayó Tenochtitlan ¡oh suerte impía!  
 Pero cayó cual cae por la tormenta  
 El roble secular que desafía  
 Firme el poder de tempestad violenta.  
 No llegó á dobligar su bizarría  
 En la lid que aceptó ruda y sangrienta:  
 La gran ciudad, valiente y sin desmayo,  
 Fué herida como el roble por el rayo.

Por el rayo terrible que lanzaban  
 Del español las armas estruendosas,  
 En tanto que las flechas resbalaban  
 En su veste de escamas poderosas.  
 Fué herida por la fuerza que llevaban  
 Del invasor las filas procelosas,  
 Que al rápido correr de los bridones  
 Diezmaban del Anáhuac las legiones.

Pereció la ciudad enaltecida  
 Al tirano rigor de la extranjera  
 Gente, que desalmada y atrevida  
 Llevó la destruccion por donde quiera.  
 Pereció la ciudad: cuerpos sin vida  
 Y puestos en monton, es la barrera  
 Ultima que los fieles mexicanos  
 Supieron oponer á los tiranos.

Y pereció Tenochtitlan cediendo  
 Más que al poder contrario, á la asechanza;  
 Pero al caer sus muros con estruendo,  
 Resuena aún el grito de venganza.  
 Sus defensores, en combate horrendo  
 Víctimas son de criminal matanza,  
 Sin rescatar sus pechos esforzados  
 De la patria los fueros ultrajados.

Sostener la defensa es imposible:  
 No existen ya los bravos defensores  
 Que en el combate con afán terrible  
 Domaron á los rudos invasores.  
 El baluarte que hiciera inaccesible  
 El pueblo en sus legítimos reñcores,  
 Debilitado en su redor se halla  
 Al bárbaro poder de la metralla.

Los pertrechos de guerra se agotaron  
 De la ciudad heróica en la defensa;  
 La sed y el hambre al pueblo aniquilaron  
 Con su espantable aterradora ofensa.  
 Los dioses que benignos ampararon  
 La poblacion, con potestad inmensa,  
 De los teocallis arrancados fueron,  
 Y los Hijos del Sol los destruyeron.

¿Cómo seguir la lucha sacrosanta  
 Cuando no existen armas ni guerreros,  
 Miétras audaz el invasor quebranta  
 Los muros al poder de los aceros?  
 ¿Cómo atajar la turba que adelanta  
 Unida por canales y senderos,  
 Si la legion de Anáhuac, brava y fuerte,  
 En la incesante lid halló la muerte?

¿El caracol de Cuauhtemoc osado  
 A quién convocará para la guerra?  
 ¿Quién al són del teohuéhuatl esforzado  
 Vendrá en defensa de la pátria tierra?  
 ¿Qué flechas ó qué piedras denodado  
 Mandará al invasor, á quien aterra,  
 El mexicano Rey, que por su brillo  
 Es del Anáhuac inmortal caudillo?

¡Sólo resta morir! El patrio suelo  
 Mancillado será; bandera extraña  
 Clavarán los contrarios con anhelo  
 En la ciudad, el valle y la montaña.  
 El águila imperial tenderá el vuelo  
 Para escapar de la extranjera saña,  
 Y los pueblos que hoy son libres y bravos  
 Tornaránse en medrosos y en esclavos.

Y la noble ciudad de Moctezuma,  
 De ilustracion espléndido recinto,  
 No guardará de su grandeza suma  
 Más que un recuerdo vago é indistinto.  
 Al rico traje de sedosa pluma,  
 Que pronto en la ciudad quedará extinto,  
 Sustituirán del español severo  
 La tosca tela y el pesado acero.

De los regios alcázares el oro  
 Hartará la codicia castellana;  
 Y de los sacros dioses en desdoro  
 Se alzaré por doquier la cruz cristiana.  
 A todas horas el clarín sonoro  
 Recordará la cruda é inhumana  
 Guerra en que sucumbieron cien naciones  
 Por la traición de innobles corazones.

Errantes andarán en la espesura  
 De los vírgenes bosques dilatados  
 Los mexicanos que con fe segura  
 Huyan de los lugares conquistados.  
 ¡Quién sabe! acaso llenos de bravura  
 Puedan, á nueva lucha convocados,  
 De la conquista sacudir el yugo  
 Y hartarse con la sangre del verdugo.

¡Tal vez se pierda en el remoto Ocaso  
 Para volver más puro por Oriente,  
 El sol de la esperanza, y llegue acaso  
 A aparecer más limpio y refulgente!  
 Tal piensa en Tlatelolco el resto escaso  
 Del defensor ejército valiente,  
 Que conducir á **Cuauhtemoc** desea  
 Al sitio en que renueve la pelea.

Los esquifes meciéndose ligeros  
 En las aguas del lago cristalino,  
 Esperan á los ínclitos guerreros  
 Que de la patria tienen el destino.  
 Tripulan las piraguas los flecheros  
 De la guardia imperial, que en el camino  
 Defenderán al noble soberano  
 Del ataque tenaz del castellano.

Y nuevo Eneas el gentil mancebo,  
 Cargando sus penates y afligido,  
 Para dar á su raza asilo nuevo,  
 En brazos del azar marcha atrevido.  
 Su luz esplendorosa vierte Febo  
 Cuando el monarca parte decidido,  
 Mostrando así á la luz del claro día,  
 Que en su valor inquebrantable fia.

Está el Norte del lago resguardado  
 Por Sandoval con tres de las veleras  
 Embarcaciones, y por ese lado  
 Las piraguas dirígenle ligeras.  
 Distingue el movimiento acelerado  
 Dé las barcas que pasan altaneras,  
 Y ordena á Holguín que con su nave avance  
 Y dé á la flota mexicana alcance.

Cnal flecha por el arco disparada,  
 La embarcacion de Holguin las aguas híende  
 Hasta llegar á la pequeña armada  
 Que de tal agresion no se defiende.  
 En la barca imperial, que adelantada  
 De todas las demas, al riesgo atiende,  
 Resuena así la voz del soberano  
 Dirigiéndose al jefe castellano:

“¡Soy el Emperador! Contén tu arrojo,  
 No quiero luchar más; tu prisionero  
 Me declaro sin miedo ni sonrojo,  
 Porque la muerte á la abyeccion prefiero.  
 Sólo exijo de tí que sin enojo  
 A la reina trateis, y así lo espero:  
 Soy tuyo; á tu señor la nueva envia  
 Y al sitio en que se encuentra pronto guia.”

Así habló **Cuauhtemoc** fiero y valiente;  
 Y al ver que Holguin á su escuadron ordena  
 Que se apodere de su armada gente,  
 Repone con la voz firme y serena:  
 “No temas, capitan: á mí obediente  
 Toda esa tropa seguirá sin pena  
 De su rey el destino infortunado  
 Ya que encontrar la muerte no ha logrado.”

Holguin entónces á Cortés envia  
 De la prision la nueva, y sin recelo  
 Porque en el noble **Cuauhtemoc** confia,  
 A la ciudad avanza con anhelo.  
 Formando numerosa compañía,  
 Y sintiendo terrible desconsuelo,  
 Van detrás del monarca valeroso  
 Los restos de su ejército animoso.

De la ínclita ciudad en las ruinas  
 Gran fiesta el invasor se proporciona;  
 Al toque de las bélicas bocinas  
 El triunfo de sus armas ya pregona.  
 Disponen los soldados con cortinas  
 La tienda de Cortés, que á la persona  
 Del ilustre monarca prisionero  
 Va á recibir con fausto verdadero.

Bajo rico dosel, y rodeado  
 De los más distinguidos capitanes  
 De su hueste, el guerrero afortunado  
 Va presto el logro á ver de sus afanes.  
 La traidora Malíntzin está al lado  
 De Cortés, cuyos rudos ademanes  
 Demuestran su inquietud al ver que tarda  
 El regio prisionero á quien aguarda.

Viste el jefe español tosca armadura  
Aderezada con gentil esmero:  
En el siniestro lado se asegura  
En el tahalí su espada de guerrero.  
De la banda que ajusta su cintura  
Cuelga un puñal riquísimo de acero,  
Y, descubierta la tostada frente,  
Mostrando está su altivo continente.

Suena luego el clarín: rumor cercano  
Del prisionero anuncia la llegada;  
Enderézase el jefe castellano  
Y en derredor dirige la mirada.  
Sandoval, conduciendo al soberano  
De México, penetra en la morada  
De Hernan Cortés, que su poder ostenta,  
Y el cautivo monarca le presenta.

Ciñendo con orgullo la corona  
De sus mayores, rápido adelanta  
**Cuauhtemoc** á Cortés, en su persona  
Mostrando que el dolor no le quebranta.  
Su arrojo en trance tal no le abandona;  
El suelo pisa con segura planta;  
Así, altivo, soberbio y levantado,  
De su audaz enemigo llega al lado.

Envuelve en su mirada centellante  
A Hernan Cortés, que admira su entereza,  
Y clavándola luego en el semblante  
De su contrario, yergue la cabeza.  
Acércasele más; toca anhelante  
El puñal acerado, y con tristeza,  
Pero obediente al patrio sentimiento,  
Así le dice con seguro acento:

“¿Qué aguardas, poderoso castellano,  
Que en mi pecho no clavas este acero?.....  
Reside en mí el imperio mexicano  
Y soy embarazoso prisionero.....  
Perezca yo por tu enemiga mano,  
Ya que no pude hallar como guerrero  
La muerte al defender con osadía  
El caro suelo de la patria mía.”<sup>39</sup>

Dijo, y como rodara silenciosa  
En su mejilla lágrima ferviente,  
Enjúgala con mano presurosa  
Alzando más la coronada frente.  
Bella escena en que brilla esplendorosa  
La heroicidad de **Cuauhtemoc** valiente,  
Que sabe conservar honrada y pura  
Del azteca monarca la figura!

¡Cuánta sublimidad! ¡Cuánta grandeza  
 Abarca el sér del regio prisionero,  
 Que manteniendo limpia su nobleza,  
 La muerte pide al enemigo artero!  
 Igualan su valor y fortaleza  
 Las dotes del bizarro caballero  
 Que "sin miedo y sin tacha" apellidaran  
 Los que sus grandes hechos presenciaran.

Tiende Cortés á **Cuauhtemoc** la mano  
 En muestra de amistad: justo homenaje  
 Rendido á la altivez del soberano  
 Que no llega rindiendo vasallaje.  
 Con dulzura despues el castellano,  
 Para no hacer á **Cuauhtemoc** ultraje,  
 Estas palabras dice lentamente  
 Que de respeto son signo patente:

"No eres ¡oh rey! el prisionero mio:  
 Del más grande monarca de la tierra  
 Tu destino depende; yo lo fio,  
 Y mi palabra la verdad encierra.  
 Podrás de tu grandeza el poderío  
 Recobrar, si apartado de la guerra  
 Logras de su amistad el don augusto,  
 Que es mi señor tan noble como justo.

"Sus mandatos espero, y miétras tanto  
 Respetado serás; en mí confía;  
 Te cubrirá de mi poder el manto  
 Y á tu servicio doy la gente mia.  
 Dando tregua tu espíritu al quebranto,  
 Recobra la quietud y la alegría,  
 Que aquí entre las costumbres castellanas  
 De ménos no echarás las mexicanas."<sup>40</sup>

Dijo, y llamando á Sandoval, le ordena  
 Retire luego al imperial cautivo,  
 Que sin mostrar debilidad ni pena,  
 Sale como llegó, fiero y altivo.  
 Nunca al peso de bárbara cadena  
 Se doblega el leon, que al incentivo  
 De libertad, rugiendo poderoso,  
 Sabe romper el hierro vergonzoso.

Y pasaron los días, y constantes  
 En su codicia vil los castellanos,  
 Buscaban ambiciosos y anhelantes  
 Los soñados tesoros mexicanos.  
 Más severos mostraban los semblantes  
 Al ver que sus intentos eran vanos,  
 Porque la sed del oro producía  
 En ellos más horrible tiranía.

Preséntanse á Cortés insolentados  
 Los que obedientes su pendon siguieron;  
 Ya no son los guerreros esforzados  
 Que á la voz de su jefe combatieron.  
 Hoy por el ansia de oro arrebatados,  
 A la avaricia débiles cedieron,  
 Y reclamando el oro prometido,  
 Asedian ¡ay! al capitan querido.

Hernan Cortés, cediendo temeroso  
 De su gente á la mísera exigencia,  
 Pide al Rey mexicano el valioso  
 Tesoro que del cetro fué la herencia.  
 Creyendo el español que cauteloso  
 A entregarlo se niega, le sentencia,  
 Desprovisto de humano sentimiento,  
 A sufrir los horrores del tormento.

En oscuro salon desaliñado  
 Y de apariencia repugnante y fea,  
 El bárbaro tormento es preparado  
 Segun el jefe principal desea.  
 El lúgubre recinto está alumbrado  
 Por luz escasa de rojiza tea,  
 Y dos hombres de aspecto rudo y fiero  
 Alimentan las ascuas de un brasero.

Dos hombres más el líquido disponen  
 Con que se debe ungir al soberano  
 Para darle el tormento, y cerca ponen  
 La sacra imágen de su Dios cristiano.  
 De tal suerte el terror al pueblo imponen  
 Los guerreros del jefe castellano;  
 Así arrancar la confesion pretenden  
 A aquel cuya grandeza no comprenden.

Conducen al monarca en compañía  
 Del que rey de Tlacopan se llamara,  
 Y que de **Cuauhtemoc** pertenecia  
 A la estirpe honorífica y preclara.  
 Gran reunion española precedia  
 A las víctimas régias, que con rara  
 Serenidad caminan al tormento  
 Sin expresar terror ni desaliento.

A **Cuauhtemoc** pregunta el que á su cargo  
 Tiene las arcas del real tesoro  
 Dónde está el de su reino, y con amargo  
 Acento dice el príncipe: "Lo ignoro."  
 Manda entónces cumplir su vil encargo  
 Cortés á los verdugos, con desdoro  
 De la culta nacion que representa,  
 Y del linaje humano para afrenta.

A los reyes se acercan decididos  
 Los verdugos serviles y asquerosos,  
 Y profanan infames y atrevidos  
 Los cuerpos de los héroes valerosos.  
 Con cordeles los atan, y extendidos  
 Encima de los bancos oprobiosos,  
 Les ungen con aceite piés y manos  
 Y el fuego les acercan inhumanos.

Valiente **Cuauhtemoc**, está impasible  
 El dolor del tormento soportando,  
 Aunque su piel, en combustion horrible,  
 Se va rápidamente desgarrando.  
 Soportar el martirio no es posible  
 Al señor de Tlacopan, que olvidando  
 Su calidad de rey y de guerrero,  
 Un ¡ay! su pecho exhala lastimero.

“¡Hombre de escaso corazon, alienta!”  
 Le dice **Cuauhtemoc** con voz segura;  
 “El dolor con los ayes se acrecienta  
 “Y es más fuerte si el ánimo no dura.  
 “¿Crees que un lecho de rosas representa  
 “Este infamante banco por ventura?  
 “¿Te imaginas que es baño ó es deleite  
 “El que yo siento abrasador aceite?””

Quedan á este lenguaje avergonzados  
 Cortés y sus secuaces; y al momento,  
 De valor tan espléndido admirados,  
 Mandan que cese el bárbaro tormento.  
 La historia, empero, guardará manchados  
 Por ese infame y vil atrevimiento  
 Que es imposible disculpar, los nombres  
 De tan inicuos y ambiciosos hombres.

Inicuos, sí, porque guardar prometen  
 Respeto y proteccion al prisionero,  
 Y despues como fieras le acometen  
 Hartando en él su instinto carnicero.  
 Ambiciosos y viles, que someten  
 A tal degradacion al rey guerrero  
 Por la sed insaciable de riqueza,  
 Fruto de la maldad y la impureza.

Así inaugura su fatal dominio  
 El que de ilustracion faro se nombra;  
 Que los dioses entrega al exterminio  
 Y con sus restos la ciudad alfombra.  
 A la razon preside el latrocinio;  
 La piedad, de lo injusto no se asombra;  
 A lo grande y lo noble se escarnece  
 Y la virtud degradacion merece.

¿Y esta es la luz brillante que derrama  
 Con la heroica conquista el Viejo Mundo?  
 ¿De civilizacion la pura llama  
 Viene quizás del bátrro profundo?  
 ¿Es la cultura la que así se infama  
 Y se revuelca en lodazal inmundo,  
 Hollando de los hombres los derechos  
 Y mancillando los valientes pechos?

¡Atrás! ¡atrás!..... La vergonzosa hoguera  
 No vale el mexicano sacrificio.....  
 Se arranca en el teocalli con certera  
 Mano la vida en rápido suplicio.  
 ¿Quemar las vivas carnes con grosera  
 Satisfaccion, obedeciendo al vicio,  
 No acusa más error, más ignorancia,  
 Produciendo á la vez más repugnancia?

¡Egregio Cuauhtemoc! Del heroismo  
 A la mansion sublime has penetrado;  
 Simboliza de hoy más el patriotismo  
 Tu nombre, para México sagrado.  
 Tu valor, humillando el despotismo,  
 Eterno monumento ha levantado  
 A la nacion que su honra te entregara  
 Para que más espléndida brillara.

Pero forzoso es perecer. La suerte  
 Contra el Rey mexicano se conjura,  
 Y por ser valeroso, noble y fuerte,  
 Rápido marcha á perdicion segura.  
 Temeroso Cortés, á horrenda muerte  
 A Cuauhtemoc condena;<sup>42</sup> y su figura  
 Al desprenderse de la patria amada  
 Se envuelve más en gloria inmaculada.

Porque su genio grande y poderoso  
 Dirigió en el combate á las legiones,  
 Y siempre bravo, fuerte y animoso  
 Rechazó las contrarias agresiones.  
 Él con su acento altivo y valeroso  
 Hizo mover de Anáhuac las naciones,  
 Que palmo á palmo en tan terrible guerra  
 Supieron defender la pátria tierra.

A su valiente ejemplo los soldados  
 Que de Tenochtitlan defensa fueron,  
 Del amor á la patria arrebatados,  
 En titánica lucha combatieron.  
 A su potente voz entusiasmados  
 Los pueblos á las armas acudieron,  
 Para mostrar, lidiando decididos,  
 Que no nacieron siervos corrompidos.

Testimonio del genio soberano  
De los hijos de Anáhuac, que la historia  
Guarda en fe de que el pueblo mexicano  
Logró cubrirse de guerrera gloria.  
Si en lucha con Cortés batalló en vano;  
Si le negó el destino la victoria,  
El renombre que obtuvo de valiente  
La fama llevará de gente en gente.

FIN DEL POEMA.

---

## NOTAS.

---

1 Comienza la acción del poema en este punto de la historia, porque siendo el objeto del autor cantar la grandeza del héroe que da su nombre á este trabajo, natural es que principie la obra en los momentos en que los mexicanos se resolvieron á combatir á los españoles, que en són de amistad y concordia, se alojaron en la capital del imperio. Los acontecimientos anteriores, tales como la defensa de Tlaxcala y la matanza de los cholultecas, aunque muy dignos de ser cantados, no pueden entrar en el presente poema, porque son ajenos al héroe principal, con quien ni remotamente pueden relacionarse.

2 Residencia principal de los antiguos soberanos de México, situada al Norte de la gran Tenochtitlan, de la que estaba separada por un canal. En ella celebraban consejo las grandes dignidades del reino, y es célebre en la historia por haber sido el último punto de defensa de los mexicanos en la guerra de conquista.